



EL FUNCIONALISMO DE LAS ANTIGUAS CASAS DEL BARRIO. SUS HABITANTES

CARMEN CASTRO

Casas con años. Casas complejas por la función que les correspondió desempeñar. Casas serenas, porque no en vano escogieron esa colinilla de Madrid los Jerónimos, para emplazar su Monasterio: algo tiene—y tuvo—el aire que envuelve el conjunto construido del barrio.

A estas casas jerónimo-alfonsíes no puede negárseles su funcionalismo. (Por dicha, estas casas, como todas las casas, son iletradas y no saben absolutamente nada del vocablo que hoy estamos triturando a fuerza de utilizar: función, funcional, funcionalismo, funcionalidad...) Sin duda, hay un punto de extrañeza inevitable al considerar que se aplica a las antiguas casas—no electrificadas inicialmente—la misión de cumplir una función. ¿Cuál? Porque hoy necesita-

mos oír el mosconeo de un motorcillo, el clic, shar... de unos muelles, para que el espacio en que nos hallemos se nos haga *funcional*. Y casi se diría que en muchas casas la palabra funcional procede de "función de circo", porque lo que menos esperamos es que de cierta madera surja un bar, al presionarla, y no palomas y pañuelos de mil colores. No. El funcionalismo de las casas de este Barrio—un sector de Madrid 14—significa que eran funcionales en un sentido más urbano y más social. Cumplieron la misión a que estaban destinadas en los años 10, en los 20, en los 30... la misión de dar de vivir al gusto de que gustaban sus habitantes de entonces. Hoy—dicho sea en verdad—no nos importa tanto el que las casas de este sector de Ma-

drid satisfagan las necesidades y los gustos de sus inquilinos, cuanto el que estas casas sean esenciales componentes de un Barrio del que Madrid-Ciudad no puede prescindir, sin que en la ciudad nuestra se produzca un vacío horrible y, por añadidura, peligroso.

Hace sólo medio siglo que Madrid es ciudad. Y hace breves años que Madrid pretende emular a Los Angeles (California). En torno a una Misión de fray Junípero y sus compañeros, surgió una auténtica, aunque chiquita ciudad. Pero Los Angeles empezaron a invadir tierra de California, y hoy son, como dicen sus habitantes con precisión justa: "Cinco pueblos en busca de una ciudad." Madrid no era una *misión*. Galdós dice, mucho mejor que cualquiera,

lo que era y lo que fue llegando a ser Madrid: "Para que el progreso pusiera su mano... fue preciso que todo Madrid se transformase; que la desamortización edificara una ciudad nueva sobre los escombros de los conventos; que el marqués de Pontejos adecentase este lugarón; que las reformas arancelarias del 49 y del 68 pusieran patas arriba el comercio madrileño; que el gran ingenio de Salamanca idease los primeros ferrocarriles; que Madrid se colocase, por arte del vapor, a cuarenta horas de París: y, por fin, que hubiera muchas guerras y revoluciones y grandes trastornos en la riqueza individual." (*Fortunata y Jacinta*, V.)

En efecto, al lugarón le vinieron muy bien los grandes trastornos en la riqueza individual, porque ellos han sido los iniciales creadores de una ciudad, a la que ahora pueden hacer gran ciudad, o volver a su rango de población; trastornos sociales, cuya última causa ya no es ciertamente económica, como saben perfectamente historiadores y sociólogos no positivistas. Considérese que el actual estilo de crecer Madrid, Castilla adelante, puede ser desintegrador de ese recinto vivible—convivable—que llamamos ciudad, y en nuestro caso, Madrid. Sin duda—alabado sea San Isidro—a la ciudad le hacen Barrios nuevos, conscientemente integrados a ella las personas más inteligentes que hoy rigen de hecho los destinos de Madrid. Discúrrase que una ciudad es algo tan sensible, tan inteligente como una mano humana. Si un dedo decidiera crecer por cuenta propia, y sin que le confiriese sentido la sabia enervación de la palma cuyo es, ¿qué acontecería? ¿Hay algo más desagradable al sentir, que manos con dedos desajustados, crecidas en una criatura de razón irracional y de mente y sentimientos trastocados?

Madrid es ciudad desde que terminó la primera guerra mundial—y venía cuajándose desde tiempo atrás—. El hecho concreto es que entre los años 10 y 30... los trastornados económicamente se dan cita tácita entre la verja del Retiro, los Jerónimos, el Prado y Alcalá, mientras una clase social, que vivía su tiempo al ritmo europeo coetáneo, y que históricamente fue la inicial creadora en Europa de las ciudades, la burguesía, se residencia en el nuevo barrio trazado a escuadra sobre Buenavista: el Barrio de Salamanca. Salamanca y los Jerónimos dialogan dignamente a través de la Puerta de Alcalá y Retiro adentro. Es un

diálogo constructivo acerca de Madrid-Ciudad. Si no me fallan primeras memorias, el ingeniero Antonio G. Echarte (residenciado en un extremado extremo de Salamanca) y "los Otamendi"—ingenieros unos y arquitectos otros—(residenciados por el Barrio del Prado jerónimo) hablaban en el Retiro del Metro, de casas altas en torno al casco propiamente urbano de la ciudad, de zonas residenciales con jardines... porque bien sabían que en una ciudad han de coexistir los motores y las rosas, el arte y las casas baratas. Precisamente estaban en el Retiro probando los motores explosivos de sus coches—matrículas con la unidad, o a lo sumo con decenas—por el llamado Paseo de Coches y en torno al Ángel Caído, demonio de nuestra ciudad, incitante y eficazísimo colaborador.

En los 20, Madrid es nueva cosa: es una auténtica ciudad consciente de serlo. Además de todas las nuevas hazañas urbanas, encomendadas a los ingenieros, arquitectos, técnicos de toda especie, se van ganando en Madrid otros valores menos materiales: educación ciudadana, tempo ciudadano, es decir, urbanismo espiritual.

El tiempo, en Madrid, aunque había sido ya creado por Dios, no existía mensurado: era una eterna duración anárquica, porque en cada vida madrileña duraba de modo diferente. Madrid, ciudad con relojes, empezó a mirarlos en "los 20" como cosas funcionales, y no como exponente de una gala que le enorgullecía. En la bola de la Puerta del Sol empezó a verse una señal



horaria, y los relojes de los madrileños serían ya para medir el día, y no para hacer concursos sobre atrasos y adelantos de sus mecanismos respectivos.

Las mujeres fueron las primeras creadoras del orden horario de Madrid, el día en que las casas, gobernadas por ellas, dejaron de ser escenarios dramáticos hasta prima tarde—tragedia matinal en tres actos, para lograr servir un almuerzo familiar cotidianamente: olvidos en las compras, no tiro de las cocinas, denuestos cruzados entre la señora y las entonces llamadas menegildas, que por desgracia no han sido recogidos en cinta. Desenlace: lágrimas y disgustos matrimoniales, incluso con pérdida de empleo del marido, por impuntualidad... Por los 20, el mejor Madrid pone fin a estos sainetes trágicos cotidianos, y asimismo come sobre manteles y no sobre hules.

Los señoritos madrileños llevan sobre la frente la etiqueta de "a extinguir". Los tranvías de Madrid, en Alcalá, denuncian a quienes les paran, para atarse un zapato no más, de los llamados abotinados, puesto un pie en el estribo. El mantón de merino y la pañosa empiezan a ser lujos y caprichos.

El Barrio de los Jerónimos señala un primer momento de confusión entre los estamentos sociales—decían nuestros mayores—porque en él estaban dándose cita una burguesía alta y una nobleza más o menos poderosa económicamente. Las casas tienen señorío por estas calles que conducen siempre al Prado, al Botánico, al Casón, a la Española, al Museo del Ejército, a Correos, al Ritz, y al Retiro por varias puertas. Es verdad que en el Barrio no hay comercios ni mercados. Pocas tiendas, y casi escabullidas. Pero hay acacias y plátanos, frescor de parque, silencio... encuentros posibles con personas notorias con razón, o notorias... ¿será posible que lo sean semejantes personajes—también femeninos—como los que salen del Casón, a mediodía, hechos yeso, o los que dejan el Prado, conversando a voces, en medio de las calles, detenidos porque entonces ningún señor ni señora era capaz de hablar y caminar simultáneamente?

¿De dónde les viene a estas casas el señorío señalado, buscado y apetecido mágicamente por ellas mismas? Naturalmente, de su propia traza y de sus habitantes.

En esencia, todas las casas del Barrio ofrecen un mismo patrón confortante. Portales

con entrada de coches; cocheras al final del patio. Breve escalinata que lleva del portal a la cancela de las escaleras. Una cancela pesada, justificativa, a todas luces, de los entorchados del gran portero. Escaleras al:ombradas—y el espesor de la alfombra revelador de la altura del piso en que se está. Un ciego hubiera podido leer *tercero*, sin más que pisar la alfombra.

Al entrar en la vivienda, antesalas, salas, salones, gabinetes y despachos, todos ellos con grandes balcones a la calle, y las más veces oscurecidos. Un pasillo eterno—velódromo impagable—llevaba a las habitaciones de dormir... y de vivir, en la mayoría de los casos. Pero no eran lóbregas en este Barrio. Con todo, cuando un niño empezaba a marcar más de 37° cotidianamente, el doctor de turno hacía que los grandes salones reservados fueran dormitorio del niño febril, ante las expresiones del amor materno, que lo sacrificaba todo, como podía verse en la mudanza, para que el termómetro dejase de subir plata viva escala adelante. Y los niños, en breve, volvían a bajar las escaleras veloces, por el tobogán de la barandilla.

Las cocinas de estas casas eran inmensas, y asimismo los fogones. Los baños en singular, casi siempre. Los lavabos, no. Habitaciones para el servicio no buenas, pero varias. Existían los cuartos de armarios y los de costura, y en cierto tipo de casas había una especie de cuarto compendio—comer, jugar, coser, estudiar, hablar...—donde se hacía la vida, según expresión de la *mater familias*.

De esas casas—o de las más—salían al sol cálido de la mañana escuadras de niños, al mando de institutrices extranjeras, preceptores nacionales, niñeras, añas, y las imponentes amas. En general, la mayoría de esos niños debían de haber estado en Colegios, pero no estaban. Los muchachos aprobaban por libre en el Instituto—¡qué remedio les quedaba! Las niñas... pues no aprobaban nada, ni sabían mayor cosa. Pero, más tarde, cuando las enviaban internas a Colegios extranjeros, los rudimentos de la lengua enseñados por las institutrices les servían bastante. Volvían como nuevas, y habiendo aprendido que el mundo no era un solo Barrio, pero que su Barrio era excelente, incluso visto desde Saint Germain des Près... Una lección que debería ser mejor sabida por quienes la ignoran hoy.

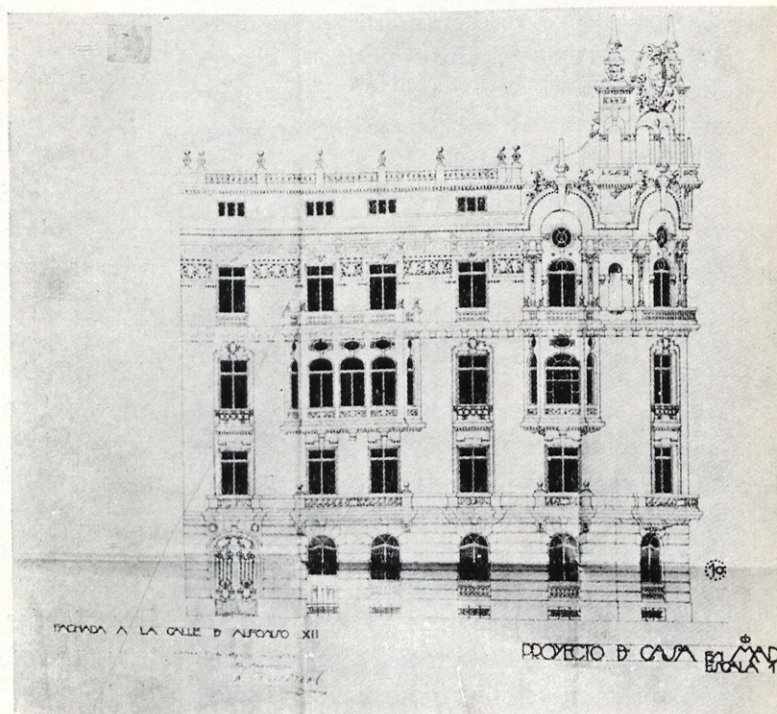
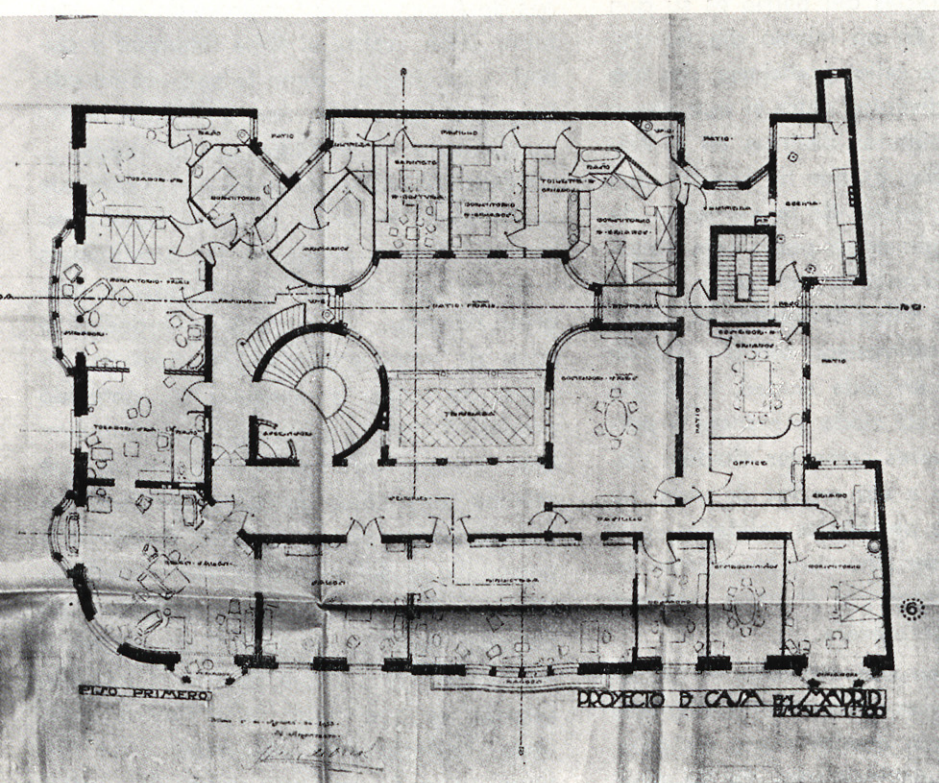
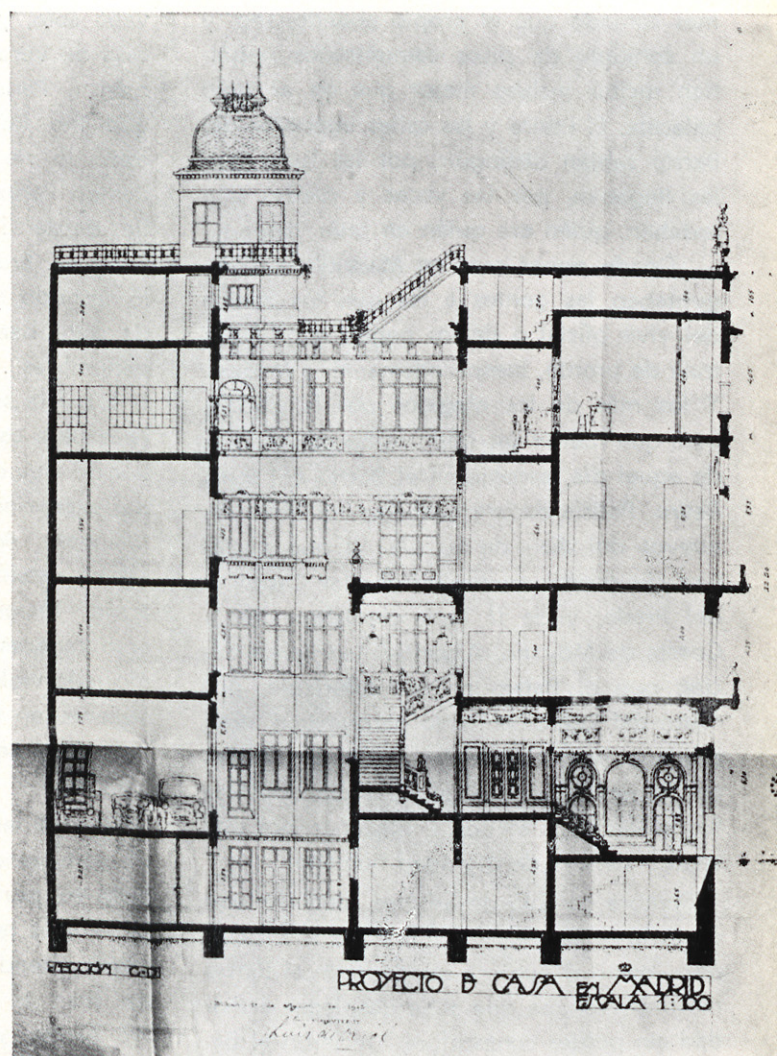
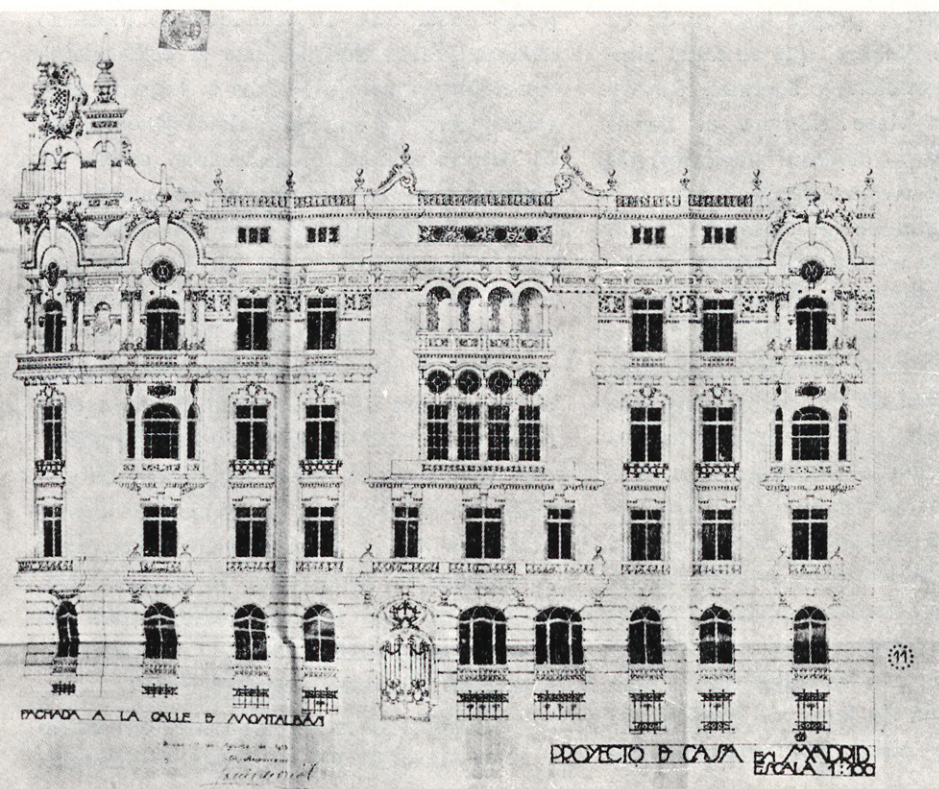
El conjunto de menores vigilados se esparcía Retiro adelante. Las institutrices no



querían sentarse a la vera de las añas. Los preceptores se alejaban de las amas. Esos niños hablaban poco de sus padres: apenas los veían. Alababan sus salones: apenas los pisaban. Pero sabían acoger a otros niños—con la venia de Miss, Fräulein, Mademoiselle o Don...—y ellos mismos consolaban a los que, por causas a ellos ajenas, habían de dejar su palacete y mudarse a un piso: no eran pisos corrientes los de los niños del Barrio, y los amenazados de mudanza podían estar tranquilos si los trasladaban a un piso del Barrio. Los demás, no debíamos compadecerles tanto. (¿Por qué los niños se preocupan tan seriamente de la capacidad de adaptabilidad de los demás niños? Decimos los mayores que los niños se adaptan a todo inmediatamente. ¿Es cierto? Temo que en modo alguno.)

Esos salones del Barrio, con arañas estupidas, podían dejar a sus arañas precisamente el cuento de su vida funcional. Porque servían para tres tipos señalados de habitantes, y a cada uno de ellos le brindaban el espacio oportuno para su instalación personal y social. A todas esas familias que, por los 20, hubieron de reducirse y dejar sus mansiones palaciegas—palacetes, hotelitos afrancesados—les ofrecían el caparazón en que albergar los residuos del mobiliario—abundante sobremanera—y toda su dignidad. Mientras hubiera una tira de salones disponible, la dignidad se conservaba, aunque las arañas no se encendiesen casi nunca, ni se descorriesen los cortinajes entre salón y comedor de gala. Esto, en unión de "la buena dirección" reconocida—como dicen los franceses—hacía llevar el trance también para los papás de los niños. No había rotura social, por así decir. Y si llegaba la ocasión de una *fiesta de pedida*, el escenario estaba casi a punto. En estas casas del Barrio no había por qué dejar en los ascensores toda esperanza. Item más, las estrecheces económicas, inevitables en medio de tanto espacio alquilado, era casi seguro que no se vocearían por el patio; tan solo se susurrarían en las escaleras de servicio, al ir a pedir prestado el consabido pizco de sal...

Pero no todos los que se mudaban de un palacete a un pico jerónimo eran venidos a menos, los más eran gentes que buscaban un vivir más a tono con su día, una casa más cómoda, con menos escaleras y mejor calor. La vecindad personal era inmejorable en el Barrio; el Retiro era un parque



Planta, alzados y secciones de la casa construida en la calle Alfonso XII, esquina a Montalbán. Arquitecto, Luis de Oriol. Año 1913. Archivo Municipal.

más cómodo que el propio abandonado, y un conjunto de pisos comunicados permitían recibir incluso mejor que en el viejo palacete. El Retiro y las calles interiores del Barrio sabían distinguir, por las luces que les llegaban, por las voces y ruedas que rodaban, quién era quién en cada vivienda.

¿Dónde poner casa en Madrid?, se preguntaban las gentes a las que los azares del vivir oficial o de los negocios privados traía de pronto, inesperadamente, a Madrid. Y los más de los elegidos por la ciudad, para que fueran sus internos hacedores desde aquel día, escogieron el Barrio del Buen Retiro. Podría decirse que eran los hombres nuevos del día—de su día—y que gustaban de residir en vecinanza del Casón, y del Prado, y de la Feria de Libros de la Cuesta de Moyano. Algunos madrileños decían que el Barrio no era saludable, por causa del Retiro: húmedo parque que atrae brumas. Pero las gentes que son amigas de árboles saben que en su proximidad no hay males, sino bienes, empezando por una segura sombra de dignidad humana.

Sombra no sólo de árboles, sino también de Arte y Saber, y sombra de silencio y paz—como si hubiera quedado en el Barrio mesura jerónima que sabe desplegar actividad sin perder compostura—hicieron al Barrio codiciable para los trabajadores mentales del día. Y así, en verdad, fue muy semejante al parisiense Saint-Germain. Amezúa, el amicísimo de Lope de Vega, se hizo su casa para sus libros, en pleno Barrio. Pío Baroja decidió escribir en el Barrio sus escritos, durante sus meses anuales de Madrid. Y otros muchos escritores, artistas, estudiosos... profesionales de profesiones liberales, escogieron, han escogido y seguirán escogiendo el Barrio mientras el Barrio sea tal como es, en esencia.

Es sabido que don Antonio Maura vivió en lo que es hoy su calle—antes de la Lealtad—en pleno Barrio. Pero no incrustó personalidad en el Barrio como don Pío Baroja. Don Pío era una criatura de excepción en el Barrio, con su bufanda, su boina, su frío nunca suprimido, y su descubrir constante de lo que nadie sino él veía a su misma vera, y en el mismo Barrio. En su casa de la calle de Alarcón, forrada de libros, visitadísima por amigos, admiradores y simples curiosos, reinaba el escritor, ya no joven. Se adivinaba que en pleno Barrio, incluso en amigable compañía transitando por sus buenas calles, don Pío se conser-

vaba solo, y con su propia luz—la de su casa de Vera de Bidasoa, que se llevó también a París, también a Londres. Diríase que Pío Baroja viese siempre el Barrio como lo vio *Teófilo Pajares*—personaje de Ramón Pérez de Ayala—desde la otra orilla, desde “la calle de las Huertas, cara al Botánico. Era una mañana de otoño; el cielo desnudo, y la luz, agria. Neblina incierta, de color hez de vino, saturaba sombras y penumbras”. (*Troteras y Danzaderas*, I.) Eran la luz y la soledad de Pío Baroja muy idóneas para convivir con José Solana, habitador de muy otro Barrio. Acaso por ello estos dos excepcionales artistas se extrañaban mutuamente. Acaso porque ambos daban la misma versión unilateral de la realidad en torno—inmensos tímidos—porque ambos eran capaces de entreverar al monstruosismo más violento, la más dulce de las sensaciones en forma de tono, de medida, de tiernísimo sentir cálido de humanidad viviente.

Una de las gracias del Barrio es su don de convivencia. En un mismo día he cruzado yo, por esas calles gratísimas, con tres personajes tan distintos entre sí que pensé seguía viendo pinturas distintas en el Prado. Eran un noble, grande de España, don Pío Baroja, y la enana de la escalinata de los Jerónimos, que debía posar para Velázquez en una vida anterior, porque es exacta a Bari Bámbola. Milagrosamente, en un silencio inmenso contrastado con el ruido de fondo existente en toda ciudad, el Barrio daba de vivir a su modo y manera a personajes tan dispares como los citados: dispares en cuanto a sus modos de vida, no en cuanto a sus personales calidades, que éstas debían no ser sino muy semejantes en todos tres, a juzgar por el ritmo personal de su marcha sobre acera.

Ya he dicho en qué estribaba el funcionalismo de las casas de este Barrio. Hoy esas mismas casas, con apenas mano de obra, pueden ser re-funcionalizadas. En los espacios que hubiere—si es que los hay—pueden levantarse inmuebles a tono con los que ya viven, pero con prudencia, sin monstruosas demoliciones, sin dar paso al cumplimiento de improcedentes ambiciones. Evidentemente, sobre ese suelo alzando casas funcionales—oficinas, residencias de Empresas, y aun inmuebles comerciales—hay millones a ganar, y Barrio a romper.

Madrid-Ciudad no puede perder su latido humano. No está pensado Madrid para

poder sostenerse en vida con un inmenso Centro que se despueble a la caída de la luz natural, porque apenas si lograría desentumecerse al amanecer del siguiente día. Es verdad que en el mismísimo centro de Madrid apenas si residen los forasteros, visitantes de breves días y los residentes que todavía no tienen un piso en el campo castellano hacia Toledo, hacia Alcalá, hacia Torrelaguna, hacia Segovia... Pero no es menos verdad que importa conservar habitadas por vidas humanas algunas zonas centrales de la ciudad, porque en su despoblación va inscrita la nueva modalidad de ciudad, que Madrid todavía no está en condiciones de recibir, la ciudad en partes: aquí se esparce el alma, aquí se pasea... No, todavía no está Madrid maduro para semejante acondicionamiento, y se desmembraría en múltiples “pobladores”.

Considero que a los habitantes del Barrio y a las casas del Barrio jerónimo habitadas les viene de molde una de las conclusiones de Ardigò, en el Congreso de Asís—octubre 1966—sobre el tema “Hombre y ciudad”. “La ciudad—como la paz—es un edificio que hemos de construir juntos, continuamente, estimulados por la utopía, y, sin embargo, comprometidos con la continua consabiduría histórica, que nos hace conscientes de lo ambiguo de las dimensiones y de los instrumentos, que expresan el progreso humano... La crisis de la ciudad es la crisis de una comunidad desorientada, incapaz de volver a mensurar su contenido propio.” Y, por mi parte, agregaría que también incapaz de mesura. No parece que seamos conscientes de hasta qué punto la ciudad, la casa en que se vive, conforma la personalidad del habitante, del ciudadano. En la ciudad hacen falta muchos tipos de personas para que la ciudad sea ciudad, y no *habitat*, como ahora se dice. Y con ello bien se ve que hacen falta muy distintas casas, perfectamente adecuadas a los distintos tipos de hombres, todos los cuales no sólo tienen cabida, sino son imprescindibles en su ciudad por ellos elegida, y elegidos suyos.

Un Barrio son unas casas y unos habitantes para los que estas casas son habitables: resultan funcionales, dicho en prosa de hoy. Nadie puede poner en duda la habitabilidad de las casas del Barrio jerónimo, ni el hecho de la existencia del grupo humano, peculiar, que las habitó, y las debe seguir habitando.